

DP 202

-06

02

1903

v. 1

Con licencia de la autoridad eclesiástica.



Biblioteca Universitaria
de Salamanca

18884

PRÓLOGO Á ESTA NUEVA EDICIÓN

I

Más de una tercera parte del pasado siglo es ya transcurrida desde que el inolvidable Luis Veuillot, en la hermosa introducción que precede á las obras de Donoso Cortés, publicadas por su familia en lengua francesa (*París, Vaton, editeur, 1858*), después de haber ensalzado su memoria ¹, escribió las siguientes palabras, que parecen proféticas: «No: el nombre de Donoso Cortés no morirá, antes ha de aumentarse todavía su gloria; los grandes conceptos de su mente, lejos de ser puestos en olvido, lograrán más autoridad á medida que lo que él previó se vaya manifestando.»

Esta predicción se ha cumplido al pie de la letra; la gloria de Donoso Cortés se aumenta sucesivamente á medida que pasa el tiempo, y no se eclipsará jamás. La

1 «La Providencia—dice Veuillot—había encaminado á Donoso Cortés á París, centro de los principales errores que había de combatir. Cuantos se acercaban á él, si eran dignos de apreciarle, le reconocían por hombre superior á la fama que gozaba. Al cabo de dos años, sin él haberlo pensado, llegó á ser uno de los que estaban á la cabeza de la sociedad francesa. Su influjo era muy grande, no sólo en los católicos, para quien no hay extranjeros en el seno de la Iglesia, sino aun en los círculos políticos y literarios, donde se reconocía la autoridad de su vasto ingenio y su incomparable y encantadora sencillez ..

„La sociedad francesa ha perdido mucho con la muerte de este extranjero, en quien competían el noble valor y la actitud que poseía para alimentarla con generosos pensamientos. Cuánto haya perdido España por su parte, sólo Dios lo sabe. Muchas veces oí hablar á Donoso Cortés de la gloria, de los infortunios y de los peligros presentes y futuros de su patria, á la que amaba sobre todo lo que Dios le permitía amar de este mundo. La decadencia religiosa de esta noble nación era el duelo de su corazón.»

010352

razón es, como ya lo indicó su digno amigo Veuillot, que el tiempo mismo parece querer confirmar los juicios y sentencias de aquel singular oráculo en orden á los grandes sucesos que deciden la suerte de los imperios y aun de la sociedad humana en general. «Leyendo—dice el Conde Adhemar de Antioche—sus cartas (las que escribió Donoso al Conde de Raczirski, embajador de Prusia en Madrid), se queda uno asombrado de la especie de vista profética con que percibía distintamente en lo porvenir.— *Levanto á Dios los ojos* — decía — *y veo en Él lo que en vano buscaría en otra parte*»¹.

No es este, sin embargo, ni el único ni el principal argumento en que se funda la predicción del ilustre Veuillot. La razón primera y fundamental de la gloria imperecedera de Donoso Cortés son las producciones de su ingenio maravilloso, iluminadas por el cristianismo; las cuales resplandecen con tales y tan singulares perfecciones, que no pueden menos de cautivar el entendimiento y el corazón de cuantos pongan en ellas sus ojos. Porque si es verdad cierta y reconocida de todos que lo que salva las obras literarias del olvido, y ciñe el nombre de sus autores con la aureola de la inmortalidad, es la belleza que resulta principalmente de la excelencia de las obras mismas, y que se muestra en ellas, cautivando y deleitando los ánimos é induciéndoles á amar la verdad y el bien, ¿en quién mejor que en nuestro ilustre Donoso pueden hallarse prendas más ciertas de vida imperecedera? Yo de mí sé decir que, habiendo leído no pocos libros, en ninguno he admirado, si no es por ventura en el venerable Granada, dotes tan excelsas y soberanas como en los escritos y discursos de Donoso Cortés. ¡Qué pompa y qué majestad en los pensamientos! ¡Qué riqueza y qué espléndido colorido en las imágenes! ¡Cuánta luz de hermosura reflejan sus paralelos y contrastes! ¡Qué consonancia

¹ *Deux Diplomates, LE COMTE RACZYNSKI y DONOSO CORTÉS, depeches et correspondance politique (1848-1853), publiées et mises en ordre par le COMTE ADHEMAR D'ANTIOCHE (Paris, Plon, 1880), introduction, pág. XXX.*

y gallardía en las palabras! Aquí todo es nuevo, original, espléndido maravilloso: el genio de Donoso no acertaba á concebir ni expresar cosa alguna baja y vulgar; por el contrario, todo lo noble y elevado parecía hecho para su genio. «No hay miedo—ha dicho elegantemente el Sr. Menéndez Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos*—de confundir sus páginas con las de otro alguno; donde él está, sólo los Reyes entran.»

Pero la belleza de la forma que arrebató y enbelesa en Donoso Cortés, no es tampoco la principal razón del honor que goza entre los católicos su memoria: lo que sobre todo la hace cara y preciosa á sus ojos, es haber sido él lo que fué en sus últimos años, á contar desde el dichoso día de su conversión maravillosa, y en ser sus obras lo que son, raudales de luz que comunicó al mundo su entendimiento luego al punto que la vieron sus ojos, iluminados por la divina lumbre de la gracia.

Cuanto á lo primero, sabida cosa es que en los días de su juventud primero, y en casi toda su edad madura después, el que había de ser invicto defensor de la sociedad cristiana, hubo de pagar tributo y rendir homenaje á los principios mismos que la combaten y amenazan con miserable disolución y ruina.

Esa fué la época triste y, por decirlo así, vacía de su vida, en la cual se esforzaba en vano su entendimiento á remontar el vuelo por las regiones altísimas y purísimas de la verdad, ligado como estaba con las ligaduras del racionalismo político, que llaman comunmente liberalismo, las cuales atan, en efecto, á los intereses terrenos y mezquinos de la vida presente, así la suerte de las naciones como el corazón y la mente de los individuos. Por dicha nuestra, lo que rara vez acaece, conocer y confesar los hombres los errores que por espacio de mucho tiempo han obscurecido su entendimiento, mostrándose esa mudanza feliz en que á las tinieblas sucede la luz, esta especie de milagro se verificó plenamente en el Marqués de Valdegamas. Algún ilustre personaje político de

nuestros días ¹ ha manifestado no hace mucho en el Ateneo de Madrid cierta resistencia á creer el hecho de su conversión; pero á la verdad de este hecho providencial dió testimonio, no menos humilde que verídico, el inmortal autor del *Ensayo sobre el catolicismo*, refiriendo á uno de sus amigos lo que él llamó *la historia íntima y secreta de su conversión*. «Yo siempre fuí creyente—dice en la carta donde refiere esta historia—en lo íntimo de mi alma; pero mi *fe era estéril*, porque ni gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis acciones.

La fe estaba como muerta allá en el fondo de su alma, como en la de cada uno de los que como él, arrebatados por la corriente del siglo, formada de los errores que vician la sociedad y la política moderna, no aciertan á volverse á Dios, que es la verdad, ni á sacar de esta verdad primera las demás verdades, y especialmente las soluciones de los problemas pavorosos planteados en nuestros tiempos: allí estaba, digo, la fe esperando que el toque de la divina gracia la despertara y moviera, animándola y vivificándola hasta trocarla de estéril en fecunda, para que en adelante gobernara sus pensamientos, inspirase sus discursos y guiara sus acciones. «Aquí—decía Donoso—aquí no ha tenido influencia ninguna ni el talento ni la razón; con mi talento flaco y con mi razón enferma, antes que la verdadera fe me hubiera llegado la muerte. *El misterio de mi conversión* (porque toda conversión es un misterio) es un misterio de ternura. No le amaba, y Dios ha querido que le ame, y le amo; y *porque le amo estoy convertido*.» ¡Dichosa conversión que dió al mundo moderno un nuevo y poderoso atleta entre los más ilustres campeones de la causa de Dios, y á la Igle-

¹ El Excmo Sr. D. Alejandro Pidal, en su discurso del Ateneo de Madrid sobre el tema: *Balmes y Donoso Cortés*. He aquí las propias palabras de este orador: «Donoso dicen que se convirtió, aunque yo me resisto á llamar conversión á un redoblamiento de fervor ante el lecho de muerte de su her-

mano...»

sia uno de los hijos que más la han consolado en los días de la tribulación, consagrando á la defensa de ella su ingenio verdaderamente sublime; sostenido por la profunda humildad de su corazón!

Excusado es decir, porque todos lo saben, y porque en estas obras que de nuevo aquí se publican habrá de verse muchas veces con claridad deslumbradora, que desde el instante de su conversión el Marqués de Valdegamas dejó sus antiguos ídolos y se abrazó estrechamente á sólo Dios. Y no se contentó con rehusarles desde entonces los homenajes que antes les había rendido, cuando quemaba incienso ante sus aras, sino que animado de santo celo, derribólos por tierra, y los desmenuzó y redujo á polvo, mostrando de esta suerte que no había en ellos virtud alguna para sanar y reformar á las sociedades, sino para corromperlas y viciarlas hasta en sus últimos principios y fundamentos. De todo lo que es terreno se desligó, en efecto, Donoso: de todo lo que por algún modo se refiere á los intereses y pasiones humanas, hasta de las relaciones políticas con los hombres del partido en que había militado ¹; y allá, en el fondo de su

¹ «Los dos (Nocedal y Donoso)—dice D. Alejandro Pidal en su discurso antes citado,—habían servido al régimen liberal y no se arrepintieron de haberlo servido.» «Donoso Cortés—dice asimismo el Sr. Pidal,—murió moderado en política. Dicen que iba á ingresar en la Compañía de Jesús cuando le sorprendió la muerte; pero lo cierto es que murió de Embajador en París representando cerca de Napoleón á Isabel II.» Yo no sé en qué otra cosa puede verse mejor el arrepentimiento de ambos ilustres políticos por haber servido al régimen liberal que en haberlo después impugnado *totis viribus*, como á la gran pestilencia del siglo. Refiriéndome especialmente á Donoso Cortés, permítaseme reproducir aquí algunos textos curiosos y decisivos que leo en la obra *Deux diplomates* acerca de este punto, dejando á los lectores que por sí mismos juzguen del juicio particular del Sr. Pidal á vista de los escritos de uno de los más vehementes é ingeniosos adversarios del sistema liberal en todos sus grados y matices. No sé si recordará el lector que, estando al frente del Gobierno D. Juan Bravo Murillo, tratóse de dar el golpe de gracia á las instituciones parlamentarias, mediante las reformas hábilmente preparadas al intento. Excusado es decir que, al anunciarse estas reformas, todos los partidos liberales se sintieron amenazados de muerte; su indignación y su pavor no les daban un punto de reposo. «La agitación de los partidos—decía el Conde Raczynski en su carta á Donoso, Embajador en París, de 10 de Junio de 1852,—es extrema; y los que se agitan son los Sres. Mon y Pidal con todos los doctrinarios que han adquirido importancia y fortuna, gracias á la revo-

corazón, de todo lo que no fuera servir á Dios, olvidado enteramente de los hombres.

Gracias á este generoso desasimiento, aun en medio de los destinos brillantes á que le había elevado su mérito, pudo el Marqués de Valdegamas decir la verdad y confesar la fe sin respeto ninguno humano, y con la noble ingenuidad de su alma, aun allí donde difícilmente se sufre, como en los palacios de los Reyes, y donde la verdad no se sufre de ninguna manera, como en los modernos Parlamentos. En sus discursos, á la par que en sus escritos, se revela siempre el mismo espíritu, siempre humilde á las enseñanzas católicas y siempre poderoso contra los errores que matan la sociedad contemporánea.

Aquellas sombras que halló Balmes en el genio de Donoso Cortés, y que significó diciendo, que «con frecuencia se olvidaba del fondo»; que «con tal que el prestigioso castillo se alce con dimensiones gigantescas, nada importa que le falte el cimiento de la realidad»; que «nadie le escuchaba para convencerse»; que era «un orador excepcional, excéntrico, astro errante y solitario, espe-

lución, al régimen parlamentario, á la prensa y á sus propios discursos; son también los *polacos*, que siguen á Sartorius; son los puritanos, como Pacheco y Ríos Rosas; son los partidarios de Narváez y el grupo de Generales descontentos.» Bravo Murillo cayó; he aquí cómo se explicaba Donoso Cortés, escribiendo al Conde Raczynski (París, 21 de Diciembre de 1852), acerca de su caída: «El Ministerio Bravo Murillo ha cometido dos faltas graves: una de ellas no haber proveído con eficacia á la necesidad de contar con el concurso de un General, y la otra *no haber buscado su apoyo en el verdadero pueblo*; sin Generales que le procurasen con la fuerza el respeto, y teniendo contra sí á los burgueses sublevados, vióse sin más apoyo que el de la Reina. Mas he aquí que en tal apuro, nuestra vecina (la Reina Cristina, que vivía en su palacio de la calle de las Rejas, frente á la Embajada de Prusia), abandonó al Gabinete, sin duda porque vió que las cosas iban mal, porque temía quedar mal con los parlamentarios.» Y hablando de sí mismo, añadía: «Ignoro lo que harán conmigo: si creen útil conservarme, me dejarán; si piensan lo contrario, me dejarán cesante. No puede calcularse lo que ha de esperarse ó temerse de hombres que no proceden por principios fijos, sino conforme á intereses que á cada instante varían.» Algunos meses antes escribió al mismo Conde (París, 22 de Junio): «Mi vida aquí es muy fatigosa. Tengo necesidad de reposo... Creo que acabaré por retirarme al interior de una provincia, *donde nadie se acuerde de mí, ni yo de nada ni de nadie*. En este mundo todo es vanidad. *Hoy menos que nunca comprendo la ambición, y comienzo á creer que la gloria es pura nada.*»

cie de cometa que atraviesa por entre los planetas, pero no en el sistema, sino se lanza á distancias inmensas á donde se pierde de vista»; que «cercano á elevadas regiones pudieran creer los astrónomos que con su cola luminosa anuncia voluntades del cielo, pero que esta creencia sería infundada, porque aquí *no hay más que un fenómeno natural*»; estas sombras, repito, que vió Balmes en el genio de Donoso Cortés, se desvanecieron ante los esplendores de la sabiduría cristiana que penetró dichosamente en su noble espíritu. Aconteció, pues, que si en la palabra de Donoso, durante la época ordinaria de su vida, resaltaron las singulares excelencias y primores que brotaban de su ingenio, favorecido por el arte, aunque inhábil para comprender la superior belleza y armonía que procede de las fuentes divinas de lo verdadero y de lo bello, cuando logró la dicha de tomar de ellas el tesoro de su elocuencia, todo lo que parecía flotante en aquella palabra se asentó sobre magníficos pilares, y lo que estaba vacío y sin vida interior se llenó y animó con el soplo del espíritu cristiano, dejando entonces de ser natural para convertirse en sobrenatural la aparición, no ya de un simple cometa, sino de una estrella resplandeciente en quien se fijaron luego los ojos aun de los que aborrecen las tinieblas.

Qué influjo causara desde luego en los ánimos la conversión admirable de Donoso Cortés, puedenlo muy bien decir los que siendo entonces todavía jóvenes recibieron en sí mismos y admiraron en los demás la eficacia de su ejemplo y de su doctrina. En los pocos años que vivió desde aquella época, salieron de sus labios ó de su pluma los documentos más preciosos de su sabiduría y elocuencia; su palabra conmovió profundamente á las gentes, excitando con gran vehemencia los afectos más contrarios; en muchos—los liberales empedernidos—esos afectos fueron verdadero furor¹; en muchos otros—los cató-

1 «Mi libro—escribía Donoso Cortés al Conde de Raczynski (París, 22 de Junio de 1852) refiriéndose al *Ensayo sobre el Catolicismo, etc.*—se ha publica-

licos verdaderos—consuelo y alegría; y en otros, finalmente, inquietud y simpatía al tiempo mismo: inquietud y recelo, por cuanto hubieron de temer por sí mismos que no ardiera en ellos pura la llama de la fe; y simpatía y aun verdadero amor á las verdades tan brillantemente defendidas por el Marqués de Valdegamas, porque en ellos obró también la divina gracia. Estos últimos, afiliados antes en la escuela de los moderados ó eclécticos y doctrinarios, fuéronse en pos del nuevo caudillo, atraídos del poderoso ascendiente que ejercita la verdad en las almas nobles y generosas cuando la verdad se les ofrece con el encanto irresistible del bien y de la belleza. Así en efecto se inició, y llegó á consumarse en las filas de los partidos liberales, ó mejor dicho, en los miembros de ellos que no estaban por ventura corroídos del cáncer del escepticismo contemporáneo, la constitución de un nuevo elemento político-religioso que anunciaba, en España principalmente, próxima ó remota, una era de verdadera restauración. Sus contrarios, amigos interesados del sistema reinante, les llamaron *neo católicos*, queriendo desconceptuarlos con este mote y acabar con el nuevo partido casi antes que naciera; pero lo cierto es que del partido moderado histórico, de donde salieron los neo-católicos, no hay ya otra memoria que la que se guarda en los archivos oficiales, y que la continuada adhesión á las doctrinas de nuestro insigne publicista es un hilo de oro purísimo á que va unida la esperanza de la verdadera restauración.

Justo es añadir que en esta preciosa escuela y tradición han penetrado felizmente algunas luces ó razones que apenas llegó á percibir en sus últimos años el genio de Donoso Cortés: me refiero á la gloriosa restauración de la filosofía cristiana ó escolástico tomista, de que ya están gozando plenamente las escuelas católicas en todo el mundo, la cual, aplicada á las cuestiones sociales y po-

do en París: los liberales todos están furiosos, y no dejarían ciertamente de anonadarme si pudieran.,,

líticas, ha enriquecido á estas escuelas con soluciones magníficas y fecundas; y me refiero más especialmente á las maravillosas Encíclicas del insigne Papa León XIII, en que con orden y claridad admirable, y con riquísima copia de doctrina, se ven resueltos á la luz de la fe, con la autoridad infalible del magisterio católico, todos los problemas contemporáneos agitados en nuestros tiempos. Al insigne autor del *Ensayo sobre el catolicismo* no le fué dado apacentar su espíritu en estas sublimes enseñanzas ni en aquella admirable filosofía; ni siquiera pudieron ver sus ojos el *Syllabus* de los errores modernos, respecto de los cuales escribió su nunca bastante alabada carta al Cardenal Fornari, que le consultó acerca de ellos; pero cabalmente porque no pudo gozar de esta luz, no fué ni será nunca razón juzgarle rigurosamente según los principios de la restaurada escuela, ni mucho menos en encarnizarse en sus obras en razón de algunas fórmulas ó expresiones que haya en ellas menos exactas de lo que pide el rigor dialéctico de la Filosofía y de la Teología. «Lejos de esto—decía *La Civiltá Cattolica* en los días mismos de Donoso—nos sorprende y maravilla que un seglar, no educado ciertamente en las aulas de un Seminario ó en el sagrado recinto de un claustro, conozca tan de lleno como él la economía de la ciencia teológica, y penetre con tanta seguridad en los misterios más escondidos y en las más delicadas cuestiones »

Todavía es más equivocado el concepto que alguno ha expresado sobre el genio de Donoso Cortés refiriéndose á «sus juicios absolutos y sus fallos arbitrarios», y «á aquella luz intuitiva (?) de iluminado y de vidente con que lanza sobre los horizontes invisibles del porvenir su mirada sobrenatural de Profeta»,¹ Para quien estudie á Donoso Cortés en sus propios escritos con ánimo sereno, no prevenido acaso por el espíritu de alguna escuela menos pura, estas y otras especies se le mostrarán como realmente son, meras creaciones de la fantasía, sin fun-

1 Discurso del Excmo Sr. D. Alejandro Pidal, antes citado.

damento alguno en la realidad. Antes deberá decirse que este poderoso adalid de las doctrinas católicas, en el terreno político social, fué precisamente tan poderoso en defenderlas, triunfando de sus adversarios hasta el punto de reducirlos al silencio, porque esgrimió las armas de la razón y de la lógica con maravilloso é inusitado vigor. El nervio de su elocuencia no era ciertamente la retórica artificiosa, sino la dialéctica irresistible; el valor de sus juicios no les venía de ser suyos, sino de ser verdaderos y estar fundados en premisas incontrovertiblemente ciertas; y la fuerza de sus sentencias, condenatorias siempre de los errores liberales y socialistas, lejos de ser arbitrarias, resultan evidentemente del proceso que les instruyó en sus discursos. En cuanto á su «luz intuitiva de iluminado»¹ y á su mirada sobrenatural de Profeta», conceptos son del todo gratuitos, con que, exagerada sin medida la potencia intelectual de Donoso hasta convertirla en conocimiento profético de lo futuro², se la expone inadvertidamente á la burla y á la rechifla de sus enemigos, haciéndoles al mismo tiempo desconocer ú olvidar lo que había de verdaderamente grande y maravilloso en los juicios de Donoso Cortés acerca de las cosas que están por venir: conviene saber, las razones históricas en que los fundaba, valiéndose de la inducción natural y del conocimiento profundo de los hombres y de las cosas.

Confesémoslo, pues, sinceramente en obsequio de Do

1 «Descartando de Donoso—dice D. Alejandro Pidal—el iluminismo teosófico de Saint Martín...» Aquí me parece bien advertir que en las obras de Donoso no hay huella alguna, ni aun levisima, del perverso iluminismo de este sectario, continuador del famoso Jacobo Boheme, que corrompió la verdadera Mística tornándola en protestante, racionalista y absurdamente visionaria. Del mismo Saint Martín dice el Sr. Pidal «que consideraba á la revolución como un decreto divino para acabar con la iniquidad del Altar y del Trono». No hay, pues, que descartar de Donoso Cortés especie alguna, ni aun sombra siquiera de los delirios iluministas de Saint Martín.

2 Es de advertir, que en algún otro lugar de su estudio sobre Donoso Cortés, el Sr. Pidal atribuye las predicciones de Donoso Cortés á su «fantasía adivinadora», olvidando sin duda que en el conocimiento profético del porvenir que le atribuye no tiene parte alguna la fantasía, y que en general la imaginación, como potencia meramente sensitiva, común á los animales, no es capaz de adivinar nada.

noso Cortés, gloria justísima de España, y sobre todo en obsequio y para gloria de Dios: desde el día de su conversión sobrenatural, todo en él es hermoso y fecundo, sus obras y sus palabras, su vida y su muerte, y después de su muerte sus escritos imperecederos. En ellos, como en los del gran De Maistre, de Augusto Nicolás, de Gœrres y de otros insignes seculares, se han formado en parte y seguirán formándose los nuevos campeones del derecho y de la civilización cristiana, los cuales es de esperar que continúen en la serie de los siglos la raza esclarecida de los grandes apologistas. Por nuestra parte, creemos humildemente ayudar á esta sagrada causa publicando de nuevo las obras de uno de los más ilustres publicistas del presente siglo; porque sobre honrarle de esta suerte con el más hermoso monumento que puede erigirse á su memoria, ó sea con sus inmortales escritos, ofrécese en ellos, á los que son llamados de Dios á combatir por la misma sagrada causa en el campo en que luchó Donoso, las armas de mejor temple y más probadas contra los errores modernos. No dejará ciertamente de ser, por otra parte, edificante el espectáculo magnífico de un ingenio portentoso que, desatado por la misericordia divina de los vínculos que le tenían cautivo, se eleva en alas de la fe y de la Teología sobre todo lo que es temporal y terreno, surcando majestuosamente las regiones del cielo, desde las cuales pudo ver con serena y purísima mirada los derroteros de la política española.

Permítaseme ahora decir algunas palabras sobre el plan que me ha parecido conveniente seguir en esta publicación.

II

Dos son las ediciones de las obras de D. Juan Donoso Cortés en España: una de ellas la del año de 1848 (establecimiento tipográfico de D. Ramón Rodríguez de Rivera, editor), intitulada *Colección escogida de los escritos*